

## Juan Rodríguez Freile (1566 - 1638)

Escribe: JAIME PEREA RODRIGUEZ

Había nacido cerca de la catedral y allí corrió su infancia, pero cuando se comenzó a formar el nuevo barrio alrededor de la recién erigida iglesia de Santa Bárbara, su madre, Catalina Rodríguez, adquirió por ahí, a escasas diez cuadras de la catedral, una casita. Desde los ocho o nueve años de edad, cuando García Zorro le enseñó a leer, había mostrado desmedido interés por la lectura y por eso en la adolescencia, cuando Gonzalo García fue a buscarlo en la casita de Santa Bárbara, es posible que ya hubiese leído un centenar de libros que su padre y los paisanos españoles de su padre le habían facilitado.

—Juan —le dijo García Zorro— ¿Te agradaría hacerte sacerdote?

—Sacerdote, uum —dijo Juan Rodríguez Freile— podría ser, ¿por qué no?

—Es que el señor arzobispo abrirá en los próximos días el primer seminario de esta ciudad y de todo el Nuevo Reino de Granada y nos ha participado su deseo de que ingresen a esa instrucción jóvenes lo más distinguidos posible. Entonces...

—Muchas gracias, don Gonzalo —terció doña Catalina—.

Rodríguez Freile, a pesar de su petulancia juvenil, inició el carientismo que personalizaría a los bogotanos de todos los tiempos. Su estabilidad en el Seminario de San Luis alcanzó apenas dos años; al tercero no lo aceptaron por orden del arzobispo Fray Zapata. ¿Qué pasó? Pues Fray Zapata había percibido que la pronunciación de su apellido por los seminaristas, "fray Sabata", no era vicio de habla regional, e indagando encontró que era malévolo invento de Rodríguez. Había éste unido dos palabras chibchas (el estudio del chibcha era obligatorio en el seminario

por orden del rey) y había formado otra palabra similar al apellido del prelado y la había impuesto entre sus condiscípulos. Sabata significaría en español: **enemigo de la propiedad indígena**, de saba, enemigo y ta que traduciría: **propiedad comunal de los indios**. Empero no era el jovencito Rodríguez amigo ni defensor de los indios, peor aún, los despreciaba; el apodo, reflejo de subrepticia realidad, pues la apropiación de tierras indígenas por parte de la iglesia era cada vez mayor, el apodo, solo buscaba vengar con humor las afrentas que fray Zapata o Sabata causaba a los muchachos con su despótica autoridad.

Cuando Rodríguez salió del seminario había transcurrido aproximadamente un cuarto de siglo desde la muerte de "La Gaitana", pero aún los españoles no habían podido contener la sublevación que levantó esa gran heroína india, quien se alió hasta con sus tradicionales enemigos, los Pijaos, el otro pueblo más fiero de indios al que, tal los Muzos, sus homólogos, jamás España metió en cintura. Ahora se estaba organizando enésima expedición contra los Yalcones (el pueblo de la Gaitana) y en ésta se enroló Rodríguez y fue a dar como soldado a Timaná (capital de los Yalcones) y durante casi tres años tragó quina, sudó peto, vio las orejas del lobo, tiró al degüello, malcomió, maldurmió, pero sobrevivió y sin duda tan fundamental experiencia le bajó los humos y le hizo comprender que los indios eran sus semejantes y si al contado no los amó, en adelante los respetaría.

Los sobrevivientes de la expedición molidos retornaron a Santafé. Rodríguez ya era hombre hecho. Su madre lo acogió. El joven volvió a devorar libros durante más de un año. Por aquella época arribó a la ciudad un nuevo oidor de la Real Audiencia, don Alfonso Pérez de Salazar, que se caracterizaría por implacable sentido de la justicia y quien aplicaría de veras la pena de muerte a cuanto maleante español, criollo o indio la mereciera. En un par de meses, de las ramas de un gran árbol sembrado en 1540 en el centro de la plaza mayor colgaron cada semana uno o dos criminales. La ciudad quedó limpia, la ciudad quedó pura. Y Pérez de Salazar entristecido. Entonces mandó derribar el árbol y erigir en su lugar una fuente de piedra que chorreara agua cristalina. Para surtirla fue necesario canalizar la quebrada que bajaba del cerro por las calles que luego se llamarían: **de la toma de agua, de la fatiga, de la esperanza**.

Rodríguez admiró, como hasta ese momento jamás había admirado a nadie, al dicho oidor Pérez de Salazar y resolvió es-

cribirle extensa carta manifestándole su sentimiento y repitiéndole que con sus hechos, los de Pérez, él, Rodríguez, había comprendido, por primera vez en su vida, el extraordinario significado del valor civil. Gracias al talento, simpatía y genuina admiración que mostraba tal escrito, Rodríguez ganó la estima y la confianza del oidor, quien, al regresar a España, llevó al muchacho con cargo que si bien no fue determinado podría clasificarse entre secretario privado y ayuda de cámara. Solo que Pérez de Salazar fue siempre hombre pobre y por tanto Rodríguez tuvo que gustar las duras y las maduras en los seis años que vivió en España, pero leyó mucho. A propósito del viaje, nada más al comienzo, Rodríguez tocó fortuita lección que le enseñó el escamoteo de la riqueza indígena por parte de los españoles. En Cartagena de Indias, antes de embarcar, el oidor Pérez lo mandó al buque para que viera cuál camarote le asignarían. Estaban cargando el navío y Rodríguez habría pasado de largo si no hubiera visto unos plomizos cajones marcados con su nombre. ¡Qué! Preguntó por allí, preguntó por allá y al fin supo que pertenecían a un mercader español llamado Juan Rodríguez Cano y supo que catorce cajones estaban repletos de oro. El impacto para Rodríguez Freile fue mayúsculo; tanto que casi medio siglo después narraría el episodio en forma tan valiente y comprometedor para su tiempo, que vale la pena copiar algunas de sus frases: "...pues qué llevarían los demás mercaderes que en aquella ocasión fueron a emplear y otros particulares que se volvían a Castilla a sus casas? Pues todo este dinero iba de este reino. He dicho esto, porque dije que aquella sazón era el siglo dorado de este reino. Pues, ¿quién lo ha empobrecido? Yo lo diré, si acertare, a su tiempo; pues aquel dinero ya se fue a España, que no ha de volver acá..."

Sin un real, al cabo de seis años de miseria en Sevilla, con la sola grata experiencia de haber manoseado y paladeado buena cantidad de libros y andaluzas, retornó Juan Rodríguez Freile. Llegó a Cartagena. Estaba en la plenitud de su vida y en el máximo brillo de su inteligencia. Tenía 27 años de edad y una capacidad vital enorme. En Cartagena durante un año fue contertulio de las cuatro tabernas y obvio, por su cultura e ingenio, comió y bebió tiempo completo a costillas de los ricos mercaderes que disputaban por invitarlo, y, por su vitalidad, durmió a costillas de toda clase de costillas. Pero su brumosa aldea natal, la situada en formidable y fértil planicie a dos mil seiscientos metros de altura sobre Cartagena, a mil kilómetros del mar,

regada, fantástico glauco cristal vencido, por transparentes y habladores riachuelos, con clima fresco y sano permanente, aislada como para intelectuales o monjes, aldea corazón de los Andes colombianos, golpeaba sus sienes. Y emprendió el gateo hacia la empinada villa que desde hacía más de un siglo era capital, primero del gran reino chibcha y luego del Nuevo Reino de Granada.

Su sed de aventura lo hizo detener en algunos puertos sobre el río grande de la Magdalena: en Mompox amó y fue amado de una trigueña gitana; en Tamalameque, una indiecita quinceañera se le regaló entera; en Barrancabermeja lo aprisionaron brazos de una negra; en Honda demoró un par de meses cautivo por el encanto de esbelta hondana de nueva generación con cabeza no deformada. Vivió también lo suyo en caseríos que sobre el camino de Honda a Bogotá se estaban levantando, de suerte que gastó más de un año en su periplo, ¿qué afán? El quería llenarse de vivencias en su patria.

Y llegó a Santafé de Bogotá. Su madre había muerto. Estaba solo. Vendió la casita y se instaló en una pieza de alquiler sobre la calle real. En sus años de ausencia el villorrio había progresado: por doquier habían derrumbado casuchas de las primeras que hicieron los indios para los españoles y habían construido y estaban construyendo enormes casas, algunas de dos y tres plantas con ostentosos balcones, amplios locales para tiendas, amplios jardines interiores e innumerables pequeños cuartos, así el suyo en arriendo. En esta calle real operaban tiendas de víveres, tiendas de ropa, chapinerías, herrerías, carpinterías, licorerías y tres tabernas donde alternará a sus anchas durante los siguientes cinco años este filipichín ingenioso que cuando no está bebiendo con amigos, está encerrado leyendo o si no en la tibia compañía de alguna fermosa.

Pero un día encontró su vaina. Un día de mercado en un puesto de la plaza mayor la vio dando órdenes a las verduleras. ¡Quintaesencia del mestizaje! Garbo y sensualidad de la india fundida con belleza y altanería española. Se embobó Rodríguez comiéndosela con la vista. Y cuando ella lo atisbó no pudo menos sino reír. Seis meses después se casaron. Era de Guatavita, hija de noble india y anónimo español. Vivía en una hacienda de Guatavita donde cultivaba papa que le rendía un dineral. Y el cachaco cambió casaca y bastón por ruana y pala creyendo que sería labriego por poco tiempo, sin imaginar que su campesina

le resultaría generala y él tendría que embarbascarse con lengua afuera durante muchos años. En el campo le salieron canas. Esparció semillas de lo lindo Rodríguez. **Jamás tuvo un hijo.**

Un tío de la generala era usaque o lo que es igual príncipe de Guatavita. Era un viejo que vivía sin hacer mayor labor en la misma finca donde fue a parar Rodríguez y entre los dos se entabló con el paso del tiempo una gran amistad, porque el indio de notable inteligencia conocía los fastos de sus antepasados si bien, dada su imaginación de poeta, acomodaba los hechos a su fantasía. Aunque era muy desconfiado con los blancos, las buenas migas con Rodríguez derivaron de la credulidad (¿o cortesía?) de éste. Entre las referencias que metió con fuerza dentro de las entenderas de Rodríguez el noble indio, abulta el hipotético hecho de que antes de la llegada de los españoles a estas tierras (“tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena”), tenía más importancia y poder el cacique Guatavita que el Bogotá. Caló tanto el cuento en Rodríguez que al final de su vida, separado de su mujer e instalado otra vez en Bogotá, al escribir su inmarcesible crónica, narró la fábula como historia genuina.

Rodríguez conservó un temperamento independiente como en general lo mantienen los intelectuales y aunque por amor soportó el yugo del matrimonio durante veinte años, cuando su mujer creyó que lo tenía domesticado, que ya era “el eterno marido”, cuando acentuó las críticas a los esporádicos viajes que Rodríguez hacía a la capital en busca de libros y de noticias sobre todos los aspectos del devenir de la villa, Rodríguez no regresó a sus terrones de Guatavita. Al mes lo encontró la mujer en una pequeña casa al borde del río San Francisco, muy pobremente instalado.

—¿Esto que es? —gritó la madura— al toparlo.

—Tengo un puesto y no pienso volver al campo.

—Pues regresas conmigo o de mí no recibirás ni cinco.

—Olvídalo, mujer. Jamás me interesó tu dinero. Puedes largarte de inmediato y dejarme tranquilo.

Así terminó el matrimonio de Rodríguez y de veras nunca pidió un peso a su mujer que le sobrevivió un par de años. Rodríguez no se vendió. Continuó subsistiendo por su cuenta en un modesto empleo de la recaudación de impuestos, pobre e ignorado, y se dedicó a escribir en el tiempo libre. Al final de su vida

le dio por revisar sus escritos: destruyó centenares de cuartillas, pero afortunadamente arregló un libro y lo guardó. Ese volumen, "El Carnero", que se mantendría inédito durante más de tres siglos, hoy es texto obligado para cualquier estudiante de literatura colombiana.

Aparte de la para nosotros inaceptable, pero comprensible, disminución de la categoría e influencia de Gonzalo Jiménez de Quesada, comprensible porque Juan Rodríguez Freile no pudo condonar al mariscal el que hubiese convencido a su padre de que vendiera la mayor parte de sus haberes y lo acompañara en la descabellada expedición a los Llanos Orientales donde el padre perdió todo y murió, para nosotros la **"Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del Mar Océano y Fundación de la ciudad de Santafé de Bogotá, primera de este Reino donde se fundó la Real Audiencia y Chancillería, siendo la Cabeza se hizo Arzobispado, etc., etc...."**, título éste que le dio Rodríguez a su manuscrito, es substancial obra para juzgar un tiempo y sus circunstancias y es ejemplar porque Rodríguez dio en ella la pauta de la función social de la literatura al no temer la represalia de los poderosos por denunciar sus mamandurrias de privilegiados. Tenemos como hecho que su concepto sobre el compromiso del escritor lo expuso en su obra con las siguientes palabras: "...la razón me dice que no me meta en vidas ajenas; la verdad me dice que diga la verdad... pero a estos (a los escritores) córreles obligación de decir verdad, so pena del daño de la conciencia...".

A los setenta y tres años de edad murió Rodríguez y solo 18 personas asistieron a su entierro de tercera clase.